

Centro Literario "La compañía" S.C.  
Coyoacán, México, D. F.  
15 de Agosto del 2000

Me asumo insumisa. María Elena Chapa H.

Que nada me apriete, ni un cinto, ni un zapato, mucho, mucho menos una pareja, o un hijo, un trabajo, una casa, un espacio, una carta o un viaje. Llegué a esta conclusión de vida después de hacer y decir tantas cosas que no me gustan. Se fueron haciendo menos hasta que me volví insoportable y ya hace rato que trato de que nada me apriete.

Me he llenado de sueños y todavía no sé si son buenos. Asumo que vivo una generación de cambios y que no dejan de asombrarme los retos. No he tenido tiempo de contar mi historia ni de recapitular lo hecho, siempre pienso que algún día será. Gracias a Lilith (más adelante se explica a quien me refiero) es probable que anticipe algunos testimonios.

Llegué a la política de la academia y sigo pensando que algo de anormal vive conmigo, tiene que ser alguna palabra con a prefijo que significa sin porque me pregunto ¿cómo es posible que haga campaña en la calle reventada a 40° de calor? O que me levante cuarenta días seguidos a las 5:30 a.m. a recorrer lecherías para saludar a las señoras llenas de lagañas igual que yo, haciendo fila para comprar la leche y que a esa hora pretenda convencerlas de que voten por mí? Si algo notable he de escribir es preguntarme cómo le hice para ir a 14 colonias en un día. Siempre digo que es la última vez que lo hago y aquí voy de nuevo como diputada federal. Sí. Debo ser anormal y atípica.

En política, donde los espacios se ganan a punta de esfuerzo, es muy difícil romper los techos de cristal, esos obstáculos silenciosos que nos impiden avanzar. No llegamos en número ni calidad a los cargos de representación que piden las acciones afirmativas plasmadas en los estatutos de las organizaciones políticas. Las acciones afirmativas, el sistema de cupos o de cuotas de discriminación positiva que existen en 33 países y que permiten medidas temporales para las oportunidades en el empleo, la política, etc. están vigentes en nuestros documentos. Además de una presentación intachable, nos exigen discursos congruentes, amplia claridad conceptual, ideología sustentadora, habilidades para "correr el lápiz" y presentar iniciativas y una actitud de respeto perenne a los colegas masculinos.

No me acostumbro a la subordinación ni a la discriminación, soy de hecho, insumisa: rebelde por naturaleza - dice mamá --. Desde chiquita discutía y me enojaba con mis hermanos porque ellos hacían unas cosas y yo otras, producto de una educación familiar diferenciada y rebelde también por formación profesional. Estudié para profesora y filosofía en la Universidad.

Todavía la equidad y la igualdad no se convierten en asuntos cotidianos. Las mujeres competimos usualmente en los distritos o las zonas de alto riesgo electoral (las más difíciles), dicen -- los que dicen que saben - que no sabemos gobernar, ni sostener acuerdos ni alianzas, al fin "viejas". Nos volvemos amenazantes cuando reclamamos nuestros derechos

o cuando ven un liderazgo distinto. Para algunos somos un mal necesario, para otros, somos delicadas y dulces, por consiguiente, no podemos con un debate de altura. Los menos, en proceso con nosotras, ya integraron nuestra presencia como la redención del nuevo milenio.

Alentar a las iguales a las oportunidades políticas cuesta. Pagas el precio de la osadía. La larga lista de requisitos que unos piden para las otras que aspiran no se llena de la misma manera. Es que no hay mujeres. Así dicen. Y las que hay no tienen experiencia y así la llevamos sin pasar el 20% ni en las diputaciones, ni en las senadurías. Las alcaldesas ni siquiera el 5%. Tres gobernadoras en la historia moderna de México que se han quedado de muestra de aparador. La lucha va más allá de las oportunidades, se desplaza a la toma de decisiones y a los beneficios del desarrollo. Una organización política incluyente se hace necesaria.

No hemos discutido suficiente lo que es el poder. De hecho, muchas mujeres no lo conciben como forma de vida ni de trabajo. Sin duda, lo percibimos y ejercemos diferente a los hombres. Las personalidades femeninas en la política apenas se perfilan, se configuran, somos invisibles. No aparecemos como declarantes importantes en los medios de comunicación, ni somos socialmente reconocidas sin adjetivarnos, salimos de la casa sí, (un 38% es fuerza laboral) pero hacemos tareas porque somos a, b, ó c no porque nos guste el apoyo a la comunidad ni el servicio al ciudadano, nada de eso. Un pedacito de poder nos acompaña. Apenas insinuado. Como señala Denise Maerker en un artículo: "las mujeres mueven al mundo pero no lo gobiernan". Ocultas por la historia, como Lilith, nos asomamos objetivadas por el conocimiento y plenamente instaladas entre el bien y el mal.

"Debiste nacer en el 2020", me dijo esta semana mi hijo Homero. "No lo vas a lograr. Sueñas. Ya despierta". Empiezo a pensar que la anormalidad se convierte en locura. Si, entre Eva y Lilith, echada del paraíso por pretenciosa, monstruo de día y de noche, casi casi la llorona sistemática de que no avanzamos, no llegamos, no crecemos, no sabemos lo suficiente. Entre la castidad, la pobreza y la obediencia tradicionales y la participación activa y comprometida de las mujeres en la política hay una gran distancia. Y para que me sirvió la manzana del conocimiento si de cualquier manera tengo que prolongar los mitos formales para apoyar a otras, para que aprendan a respetarse. Algunas, he de ser justa, ya lo lograron.

Me he apropiado de mi historia. Por eso no quiero que nada me apriete. Vivo un mundo donde el "NO", no existe. Me lleno de rabia todavía cuando leo o veo la violencia contra las mujeres y me rebelo si no puedo avanzar en propuestas legislativas. Muchas de nuestras leyes agudizan la discriminación y hay Estados como Nuevo León, en que no hay voluntad política ni políticas públicas claras a favor de las mujeres. El estado dicotómico de las grandes empresas y las grandes desigualdades. El doble discurso, la simulación del status y la intolerancia. Hay quien dijo, siendo diputada, que con las leyes no resolvemos los problemas de las mujeres. Ejemplos hay hasta la ignominia, basta decir lo que el dictamen del jueves 10 de agosto pasado expresó: que si la perspectiva de género era hablar de un género literario o de una pieza de tela. Proponía (de las 28 iniciativas de ley que a la fecha he presentado) que se regularan las imágenes públicas en los medios de comunicación para que no expresaran la discriminación en los roles y estereotipos. No avanzamos ni aún con el apoyo de grupos plurales y de la sociedad civil. He aprendido a enviar al buzón del correo masivo los mensajes inútiles.

Lilith es sinónimo de sexualidad libre y antítesis de la madre sumisa. Mi generación creció con los grupos de estudio y el compromiso de leer un libro por semana en que se discutía todo menos la sexualidad. Las películas y los símbolos de la época privilegiaban la virginidad y los roles tradicionales de las niñas. Eran impensables muchas conductas de hoy. No había ni fax, ni computadora, ni *internet*, ni televisión a color siquiera. Pagábamos veinte centavos al vecino para que nos dejara verla por dos horas. Nos creíamos muy importantes porque nos acercábamos a los grandes literatos y a los grandes pensadores. Nadie hablaba de sexualidad y todos y todas hablábamos de sexo y se sigue hablando.

Las imágenes en los medios de comunicación en términos generales no han variado. Todavía hay muchos varones que intentan seguir utilizándonos para continuar reflejando los valores de antaño: sumisión y subordinación como las Evas dadoras. Permean los temores y las tendencias del pecado. El gozo y disfrute de la sexualidad mide con distinta vara el comportamiento masculino y el femenino; en unos es hombría, en otras es libertinaje. En los varones también se reproducen los ritos, mitos y conductas asignadas típicamente a los mexicanos. Pero ellos no se quejan. Es ya una costumbre, una cultura prevaleciente. Instalados en la comodidad dicen: qué le vamos a hacer.

Frente al Código Penal de Guanajuato que pretende enviar a la cárcel a las mujeres violadas, dos diputados sacrosantos dijeron: "la palabra de las mujeres no es suficiente pues denuncian falsamente para cubrir una falta social", o bien "¿quién tendrá la evidencia de que el concebido es producto de una violación?". No tiene desperdicio lo que expresó el párroco guanajuatense hablando de la violación "en algunas ocasiones las mujeres tienen la culpa por su forma de vestir y por su comportamiento". O el otro párroco neolónés: "yo no creo tanto en ese tipo de violaciones a no ser que amarren a una mujer a la pared y le hagan muchas cosas" o la declaración demencial del abogado de Nuevo León: "el padre - el violador - tiene derecho a intervenir en esa decisión, quien va a representar el embrión, a ese feto, son tres" (el violador, la violada y el feto) y el colmo del colega diputado local también neolónés "la violada, violada se queda". Apenas son las orillas, falta el pueblo.

Plasmar en las leyes el derecho a la vida desde el momento de la concepción hasta la muerte natural ha sido una solicitud de los grupos conservadores extremistas que pretenden apropiarse de las conciencias, de las vidas y destinos de las mujeres, sobre todo las más pobres, iniciativas que penalizan con tres años de prisión el derecho a decidir en casos extremos, interrumpir el embarazo producto de una violación o por peligro de muerte y graves daños a la salud, entre otras. Vinculados al gran capital económico y a la iglesia católica simplifican los debates preguntándole a la ciudadanía si están de acuerdo con el derecho a la vida o si están de acuerdo con el aborto. Las respuestas son tan obvias que lastiman el intelecto. Encuestan en las escuelas primarias a los niños y niñas, les pasan videos terribles de un aborto y generan tal impacto, con hechos tan violentos, que me pregunto cada vez más seguido si el Estado mexicano es laico. Así pasó en Nuevo León. El grupo PROVIDA anunció que iba a ver a sus aliados. Amplios debates se produjeron en todas partes: en los medios de comunicación, en las calles, en las universidades, en los grupos, al final, la mayoría panista tiene congelada la iniciativa.

En lugar de castigar a los violadores: amantes, maridos, novios, padres, tíos o malandrines, aumentando la penalidad, convierten en delincuentes a las violadas. Sólo por mencionar: en la ciudad donde vivo hay un promedio de 3.4 violaciones diarias, a nivel nacional una mujer es violada cada 5 minutos, una amplia mayoría por familiares, el 12% culmina en embarazos.

Se están enviando mensajes nada alentadores a las mujeres: sus derechos no son prioritarios para el grupo en el poder. La violación es el único delito donde la agredida tiene que demostrar que fue víctima y además recibe un trato de delincuente. Confundir - como señala José Luis Cuevas - el púlpito con una curul es inaceptable. Nadie tiene derecho, ningún Estado, ni ningún diputado o diputada, a convertirse en árbitro de la moral de nadie, ni a meterse a las recámaras de nadie, ni a decidir por nadie, desde su moralidad. El colmo en Nuevo León; hubo el caso de que se dio menor penalidad a quien se declaró católico, pues siéndolo, podría reflexionar sobre el ilícito. Valga decir además, que en mi Estado la propaganda electoral del partido oficial presentó a sus candidatos con aureolas iluminadas, nada más falta que su foto quede en estampitas inmortalizadas y en un futuro sean calificados como salvadores de la patria. Así son las campañas cristeras contra el pecado y a favor de la vida eterna, que se prolongan en la cultura. Adiós a los derechos humanos, adiós a las resoluciones internacionales. Adiós, adiós que se les hace tarde hoy, hoy, hoy.

Nuevas mujeres en ejercicio de su sexualidad se instalan en el nuevo milenio lleno de augurios alentadores. Entre las Evas y las Liliths, el bombardeo de símbolos, la escolaridad femenina y su ingreso a la universidad y al trabajo, las mujeres clasemedieras reclaman sus derechos. Las otras, las indígenas, las campesinas, las marginadas, las del profundo conflicto con una civilización ingrata siguen rezagadas de atención: golpeadas, vejadas, humilladas y sumisas cargan con la vergüenza resignadas con su destino. No hablan, no existen. Aún nosotras, en lucha y de pie, tan fuertes e independientes, tan creativas y tan inteligentes, tan libres todas, se nos hace un nudo en la garganta cuando otras mujeres iguales a nosotras relatan como fueron violadas. No olvido los testimonios de las 17 mujeres violadas en el Distrito Federal. Esa noche cambió mi vida. Un sentimiento de impotencia me invade. ¡Que denuncien! ¡que exijan! Y sobre todo que sepan que no están solas. Una solidaridad que fluye en redes ha permitido que los Adanes de enfrente: jueces y magistrados no soslayan la injusticia. Todavía me pregunto porqué no se rebelan los niños y las niñas, los padres y las madres de esa escuela primaria que visité hace tres años, donde pasa en el centro del patio un arroyo de aguas negras. El olor y la insalubridad eriza las conciencias y las autoridades que ofertaron el cambio, no cambian. Como si nada. Al fin, dijeron, ya se acostumbraron a ser pobres. Al fin, pobreza es destino.

Graciela Hierro dice que cargamos la casa en la espalda. Sí y con todo adentro. La pareja (si la tienen) y los hijos e hijas, también los tomates y las papas, una cultura que subyace: somos en función de la familia. Nunca mujeres, siempre referentes: hija, madre, esposa, abuela, tía, etc. Y ahora que Clara Scherer me puso a parir palabras (al fin hablamos de maternidades) en un domingo con lavadora funcionando, con nieta sonriendo, con televisión prendida en el fútbol, la mujer liberada se concentra en el papel mientras revolotean los calores, colores y olores. ¿Qué estás haciendo? dice mi hija Cordelia. Escribiendo unos testimonios para leerlos el martes en México, contesto y agrego: "hoy no estoy". Fue una profecía. Aquí tengo mi morada y mi lugar de reposo como el fantasma diurno de Lilith. "Hoy no estoy, soy un fantasma".

Mucho se ha dicho sobre las maternidades, además de concebir y ejercer nuestro derecho, se otorga un valor mujeril si tienes hijos, la convalidación social nos acompaña al igual que la responsabilidad. No hay en ningún Código Civil el divorcio de los hijos, vives en compañía, a veces amorosa, otras no, a veces armoniosa, otras no, por el resto de tu vida. Muchas mujeres deciden no tener hijos, otras los abandonan, otras los matan y las más están convencidas, en el más puro estilo religioso que son una bendición y que tendrán los hijos

que Dios mande. Mi abuelita tuvo 24, mi tía 16 y así andan varias de la familia, y viven por, para y con ellos porque son su vida. Muy respetable. Me promulgo por acatar la ley cuando señala que la pareja decidirá el número y espaciamiento de sus hijos. Las parejas jóvenes piensan diferente a las mayores y tienen menos hijos. De todas formas, falta abrir una discusión sobre los modelos Sara García en el Siglo XXI.

Vuelvo al 72% de la población mexicana en condiciones de pobreza, extrema pobreza, y miseria. Aquellas que no comen para que coman sus hijos, aquellas que no reglan porque no tienen sangre que entregar, las que forman mujeres y hombres condenados a servir a las y los que fuimos a la escuela. Enfrente los que traen carro y ropa de marca cuya prioridad es el *chat* o la disco de moda y los otros y las otras que cargan libros y estudian mientras trabajan, que se sostienen con apuros y compran ropa de segunda, forman un conglomerado bipolar: entre el éxito y la subsistencia. Llenos de energía y de ausencias: embarazos tempranos, SIDA, violencia entre novios (19% en N.L.), con un nuevo lenguaje, naciendo y viviendo en el único ambiente que conocen: la crisis, tienen cierto que ahora sí, son los dueños del universo. Se casan más tarde, es usual que trabajen y aporten los dos. Se instala la equidad en las labores domésticas y en el cuidado de los hijos e hijas. Viven tan apurados. Están como nosotras, llenos de urgencias. Sólo que distintas.

Las maternidades se prolongan a las leyes, los partidos políticos y sus protagonistas quieren parir ideas, ser los pioneros del cambio. Listas interminables como asignaturas pendientes, otras aprobadas en letra muerta porque allá donde viven las mujeres las cosas siguen igual o peor. Y en el fondo la censura. Los poderosos deciden - como señala Margarita Dalton - cuál conocimiento debe transmitirse y cuál no. Por un lado los talleres de abnegación y del otro los talleres de género y al centro la mitad de México: nosotras, las mujeres. Las que nos empeñamos en existir aunque seamos aniquiladas algunas y exitosas las otras.

Me asumo insumisa como Lilith, el arquetipo, el paradigma, el emblema. Desde mi perspectiva, ella es un ícono. Los partidos políticos tenemos figuras sí, aunque reconocemos que no hemos formado cuadros de mujeres con nuevos discursos y actitudes para responder a una realidad que exige democracia. Para abrir la puerta hay que romper normas, negociar, convencer. Después de doce horas de esfuerzo y negociaciones en la cámara de Diputados (noviembre de 1996) sólo se logró incluir en el COFIPE la "consideración" de las oportunidades políticas para las mujeres. Volé una hora viendo hacia fuera el color negro de la noche, pues no quería que los pasajeros del avión me vieran las lágrimas rabiosas de la impotencia. Otros testimonios tan agudos como este habré de relatarlos después. Cecilia Loria, testiga e impulsora de esto, dice que soy de a de veras. Yo insisto que soy de a de veras anormal. Cuando leí que la calidad de vida se mide por la capacidad y calidad del ocio me dio terror y comprobé lo anterior.

Resulta grosero para algunos leer con una pluma en la mano, pero no puedo evitarlo. Todo reviso, todo corrijo, hasta las cartas de amor. Soy una insumisa escolarizada que pretendió vivir cada uno de los episodios de cada novela y de cada tragedia, cuando cada canción era mía. Ahora, tan agobiada con las leyes, leo lo que me gusta y la música la recupero años después. Soy bohemia reprimida. Como buena insumisa vivo preocupada por los asuntos de las mujeres, como insurrecta trabajo desde la resistencia por la paridad, la asociación, los convenios internacionales, el género, los derechos humanos, cívicos, sexuales, políticos. A ratos defeña, luego oaxaqueña, siempre neolonesa, me pregunto cómo le hicieron las francesas y las danesas para avanzar en tantos sentidos, que todavía no lo hemos hecho las

6

mexicanas. Vuelve la agonía y las contradicciones entre reconocer a los que siguen siendo el rey o a los que les decimos "¡me estás oyendo, inútil!", porque con estos hombres vivimos la historia las mujeres mexicanas.

Hay una necesidad imperiosa de participación social. No debemos ser indiferentes, ni esperar a que toquen a la puerta los principios. Debemos saber la importancia de las leyes y de las decisiones políticas y aportar soluciones. Una embestida nos sacude y las legisladoras no queremos transitar a solas, queremos compañía en las decisiones, queremos pluralidad y diversidad y no esperar a que otros y otras hagan lo que nos corresponde. Todos y todas, mujeres y hombres, mayores y jóvenes. Con libertad, con conciencia de lo que somos tenemos que trabajar. Aquí les recuerdo una parte del hermoso poema de Rosa de la tarde de Jenny Joseph, que les comparto.

"Cuando sea vieja, vestiré de morado,  
con un sombrero rojo que ni haga juego  
ni me quede bien  
y gastaré el dinero de mi jubilación...  
y diré que no hay dinero para la mantequilla...  
y devoraré muestras de las tiendas...  
y compensaré la austeridad de mi lejana juventud...  
y arrancaré flores de jardines ajenos...  
Pero, tal vez debiera practicar un  
poco esto desde ahora  
Así la gente que me conoce no se asombrará  
ni se escandalizará  
al ver que, de pronto,  
soy vieja y me empiezo a vestir de morado."

Así vivo. Con tareas difíciles y gratas, para abrir caminos, para ver el entusiasmo de las mujeres y el disfrute de la familia, para ver crecer las esperanzas y para integrarme con todos y todas, así como soy, a las causas sociales. Metida en reflexiones y acciones sobre la igualdad, la equidad, la libertad, la justicia y la democracia.

La lucha entre héroes y heroínas, lo masculino y lo femenino, el patriarcado y el matriarcado no ha terminado. Lograr que las mujeres seamos soberanas, que nos demos permiso sin culpas, que construyamos un proyecto de vida para aceptarnos como somos debe continuar. Reconociéndonos sin soberbias ni humildades, con furias y ternuras, ganadoras y perdedoras, nutridas y desamparadas, amadas y dejadas, con todas las emociones en su sitio, avanzando y retrocediendo, siempre que nada nos apriete: ni un cinto, ni un zapato; ese día no seremos esclavas de nadie más que de nuestros sueños y en esos días también seremos libres. Y desde mi libertad, la que me he ganado en legítimo derecho, la que me permite gobernarme con equidad, la que no es negociable, me pongo al servicio de México.

María Elena Chapa  
Morelos 884 Ote.  
Barrio Antiguo  
Monterrey, N.L.  
Tel. 018-343.88.16, 17 ó 18  
Casa D.F: 015 -534 85 03

